

El magisterio de Margules

Hugo Hiriart

Empecemos diciendo que Margules se tomaba en serio. Asumía su oficio de director de teatro con seriedad, por eso parecía muchas veces agresivo, hasta cruel, con quienes trabajaba, porque no podía gobernar a cabalidad su propia intensidad.

Seriedad no se opone a humor. Cuando escribí, al hablar de letreros extraños, que en un viaje a Varsovia había visto, de casualidad, al pasar, en la calle, un tosco *graffiti* que decía MARGULES ANTICHRIST!, se rió y le pareció muy bien, lo mismo cuando lo hice aparecer de personaje cómico, llamado Mongo, en la novela satírica *La destrucción de todas las cosas*.

Se reía, pero, eso sí, hablaba con autoridad, con aplomo, sin dudas ni vacilaciones soltaba, como dicen, “la neta”. Eso, claro, agobiaba a algunos, que hacía sentir apabullados. Por eso, porque era imperioso y sobre cualquier cosa quería tener la última palabra, y porque tenía personalidad tan firme y bien perfilada, era por lo que, pienso, había tanta burla e imitación a sus espaldas, todo mundo imitaba su fonética, su cadencia y sus peculiaridades verbales. A mí, su modo fogoso y dominante, me gustaba mucho; su capacidad de extremos expresionistas y su plasticidad literaria me parecían admirables. Su energía era portentosa, nadie se aburría nunca al lado de Margules.

Digo que Ludwik se tomaba en serio, cuando dirigía actores se enfrentaba, como todo director, al siguiente problema: actuar consiste en prestar las propias emociones al personaje que se representa o encarna, no se trata de *fingir o representar emociones que no se sienten*, sino de bucear en las propias emociones, recuperarlas y prestárselas al personaje. Eso de “no te creo”, que tantas veces espetan los directores a los actores, quiere decir “esa emoción no es tuya, está



representada, está fingida”, y el actor tiene que buscar dentro de sí algo que sea legítimamente suyo. Este tipo de duelos a primera sangre fueron con Margules especialmente enconados y, digamos a muerte, donde otros directores se rinden por agotamiento, por cortesía, por falta de compromiso o de recursos, Ludwik, no, no se daba por vencido, y el combate con el actor se iba haciendo despiadado y, a veces, destructor.

Se le censuraba el encarnizamiento, a veces, pero por intensidad de ese tipo, por la energía creativa puesta en juego, tenemos *De la vida de las marionetas* y muchos otros inolvidables montajes, entre los más profundos e impresionantes del teatro mexicano del siglo XX.

El carácter imperioso de Margules era con frecuencia dogmático —su fuerte no era argumentar, sino percibir, relacionar y jerarquizar—, por ejemplo, con respecto a la política. Ludwik le tenía ese horror y abo-

rrecimiento polaco a los rusos —presente también en Joseph Conrad—, pese a que durante la barbarie nazi, cuando niño, le habían salvado la vida, y esa apreciación se extendía muy lejos a la izquierda, en general, y todo lo que oliera aunque fuera desde lejos a cosa soviética. Por ejemplo, al inofensivo Lombardo Toledano, de quien sospechaba una maldad destilada e irreal. Eso, claro, hacía sus juicios políticos, vehementes como todos los suyos, menos interesantes que sus opiniones en otros terrenos.

El único orden donde sentí que Ludwik perdía aplomo y vacilaba un poco fue su condición de judío. Lo era, desde luego, y hondamente, pero trataba de sacudirse la condición, como si pensara que no debía serlo. Tal vez eso le venía de familia, no sé. La mamá de Ludwik entretuvo una tarde a mi hijo Sebastián, de unos cuatro años, contándole *Cenicienta*, pero en polaco. Sebastián la escuchó con atención, muy contento. Aunque eso sí, recuerdo que Ludwik no evadía los temas judíos y que discurría sobre ellos con la misma competencia arrebatada y brillante que sobre cualquier otro tema, pero con una curiosa distancia, como si fuera otro tema que no tuviera nada que ver con él íntimamente.

He conocido en el teatro mexicano ingenios de gran talento, cómicos, escritores, directores, pero sólo dos monstruos, dos que podríamos decir genios, uno es Luna el escenógrafo, el otro fue Margules. Fue una bendición que un creador de la talla y generosidad de Ludwik cayera en tierras mexicanas. Lo cierto es que atendimos lo que pudimos a su magisterio y, sobre todo, lo más importante, que aprendimos a quererlo con sus manías y brusquedades y llegamos a tener genuino y cálido amor por el grande y único gordo elocuentísimo y singular. ▮